CUARENTA AÑOS DESPUES

Entremés en prosa, original

de LUIS BUCETA Y MERA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1916

6

CUARENTA AÑOS DESPUES

LUIS BUCETA Y MERA

CUARENTA AÑOS DESPUES

ENTREMÉS EN PROSA

Estrenado por la Compañía del Teatro Lara, en la FIESTA DEL SAINETE celebrada en el Teatro de Apolo el 16 de Mayo de 1916
Representado, con igual reparto, en Lara, el 10 de noviembre del mismo año

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.
TELÉFONO, NÚMERO 551
1916

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUCILA........................	Amalia Sánchez Ariño
RAMONA.......................	María Luisa Moneró.
LEONARDO...................	Rafael Ramírez.
TORIBIO........................	José Isbert.

La acción en Madrid, actualmente



CUARENTA AÑOS DESPUES

Gabinete elegante con una sola puerta al foro. A la izquierda del actor, un balcón en el que está colgada la jaula de un canario En el centro de la escena hay una mesilla, y junto a la pared de la derecha cualquier mueble femenino con un cajoncito.

ESCENA PRIMERA

LUCILA y RAMONA

Lucila toca un timbre y sale Ramona. Lucila es una solterona de istinguido aspecto. Ha pasado de los sesenta años, pero se defiende e las injurias del tiempo acicalándose mucho, aunque sin ridiculez

Luc. ¿Quién ha llamado?

Ram. Toribio.

Luc. ¿Quién es Toribio?

Ram. El dependiente de la tienda de comestibles de al lado.

Luc. ¿Has visto si está completo el pedido?

Ram. Si no ha traído nada. Venía a preguntar si queríamos el azúcar florete o cuadradillo.

Luc. ¡Qué calamidad de hombre!... Es un tipo curioso ese... ¿Cómo dices que se llama?

Ram. Toribio.

Luc. No puede servirnos ningún pedido sin subir antes cinco o seis veces con preguntitas. Y después de tanto consultar siempre se le olvida algo.

Ram. ¡Pobre chico!

LUC. Y cuando me lo encuentro en el pasillo m mira con tal espanto... Parece que le ha dado un susto.

RAM. Es él así de nacimiento.

LUC. Vamos: el susto se lo dieron al nacer. Di que no se moleste en subir; que mande chico cuando quiera preguntar algo.

RAM. El chico no le sirve para venir aquí. (C malicia.) Necesita subir él mismo.

LUC. ¡Hola, hola!... Ahora me explico que se pa dos horas en la cocina cuando tiene q embotellar el aceite. Está de palique co tigo.

RAM. No, señora. Yo creo que me mira con bu nos ojos; esta es la verdad. Pero mirarm solamente. No me dice esta boca es mía.

LUC. Será corto de genio.

RAM. Sí, señora: demasiado corto.

LUC. Pues pínchale, pínchale. Que hable claro.

RAM. Ya le pincho, pero no se arranca.

LUC. Esos tímidos son desesperantes.

RAM. Dígamelo usted a mí. Con el pie que yo doy... ¡Si yo fuera él!... ¡Me quema la sa gre!...

LUC. Y parece buen muchacho.

RAM. Un bendito, señora, un bendito. ¡Pero no arranca!

(Suena un timbre dentro.)

LUC. Vé a ver quién es. (Ramona se va y vuelve seguida.) Alguna visita. Pues maldita la ga que tengo de hablar con nadie.

RAM. Es Toribio.

LUC. ¿Otra vez?

RAM. Trae el pedido.

LUC. Dile que lo pase aquí.

RAM. (Desde la puerta.) Pasa, Toribio.

ESCENA II

Sale TORIBIO. Parece, en efecto, que viene huyendo de un fantasm
Su mirada es recelosa; habla rápida y entrecortadamente

TOR. Buenos días... Digo, buenas tardes.

LUC. Muy buenas... Coloque usted los paquet sobre esa mesita. (Toribio obedece maquinalmen

Su atención es para Ramona, con quien cambia amorosas miradas durante toda la escena.) ¿Viene todo?

TOR. Menos el bacalao. El de Escocia, que usted desea, se nos acabó ayer. Lo hemos pedido con urgencia.

LUC. (El pretexto para volver.)

TOR. Mañana lo tendremos.

LUC. Me parece muy poco tiempo para venir desde Escocia.

TOR. No, señora; viene del almacén.

LUC. ¡Ah, ya!... (Cuenta los paquetes.) Aquí falta algo... Las judías blancas.

TOR. ¡Anda: es verdad!

RAM. Y la sal molida.

TOR. ¡Es verdad!

LUC. ¡Y el aceite!

TOR. ¡Es verdad! ¡También el aceite!

LUC. Pero, ¿dónde tiene usted la cabeza?

TOR. En la tienda, no crea usted. Sino que hay que acordarse de tantas cosas... (Mirando a Ramona.)

LUC. Ya me hago cargo.

TOR. Luego traeré lo que falta.

LUC. No tarde usted, que quiero irme a la novena.

TOR. Vaya usted descuidada. En estando la Ramona es lo mismo.

LUC. Naturalmente. Vaya usted con Dios.

TOR. (Con pocas ganas de marcharse. Mirando a Ramona.) ¿No quiere la señora aceitunas?

LUC. No.

TOR. Las hemos recibido muy buenas.

LUC. No quiero.

TOR. Brevés, aliñadas, gorda, manzanilla...

LUC. Nada, nada.

TOR. Rellenas de jamón, de pimientos, de anchoas...

LUC. No.

TOR. Las tenemos en jarritas, en cubos, en frascos...

LUC. ¡Que no quiero, hombre, que no quiero!

TOR. ¿Y arroz, café, velas, añil...?

LUC. Tampoco.

TOR. Queso Villalón, Roquefort, Gruyer, parmesano, Chester, manchego... (Lucila hace signos

negativos.) Hay conservas superiores: sardinas, atún, angulas; guisantes, espárragos, tomate; melocotón, pera, guinda, batata, cabello, albaricoque, acerola, limoncillos, fresa, ciruela...

LUC. ¡No quiero nada, hombre, no quiero nada!

TOR. Clase superior. Tenemos latas grandes, pequeñas y medianas...

LUC. ¡Sí, hombre, sí; latas de todos los tamaños!

TOR. Luego le traeré a usted el catálogo de este mes.

LUC. Pero, ¿aún hay más cosas en el catálogo?

TOR. Tenemos de todo: embutidos, fritadas, harinas, galletas, sopas variadas...

LUC. ¡No siga usted, no siga usted! Prefiero el catálogo.

TOR. Entonces, hasta luego... (Mirando como siempre a Ramona.) Adiós... hasta luego...

RAM. ¡Pero chico: si la sal la llevas en el cesto!

TOR. ¡Es verdad! (Al colocar el paquete en la mesa, distraídamente le da en la cara a Lucila.)

LUC. ¡Cuidado! Va usted a meterme la sal por las narices.

TOR. ¡Usted dispense! (Medio mutis.) Diga usted, señora: ¿cuánto aceite encargó usted?

LUC. Una arroba. Y un kilo de judías. Que no se le olvide.

TOR. ¿Olvidárseme? ¡Quiá; no, señora! Un kilo de aceite y una arroba de judías.

LUC. ¡No, hombre, no! ¡Que son muchas judías!

TOR. ¡Digo: al revés! Me he equivocado, pero no se me olvida. Dentro de un rato lo traeré... ¡con el bacalao! Ya ve usted cómo tengo memoria.

LUC. No la tiene usted. Acaba usted de decir que el bacalao se le terminó ayer.

TOR. ¡Es verdad!... Hasta luego... Hasta luego.

LUC. ¡Adiós, adiós! Si no quiere usted dejar la tienda sola, mándelo por el chico.

TOR. ¿Por el chico? No, señora; el chico es una calamidad: se le olvida todo. (Se va.)

ESCENA III

LUCILA y RAMONA

LUC. Vé a abrirle la puerta.
RAM. Conoce bien la casa.
LUC. A ver si se le ha olvidado y se queda en la cocina.
RAM. (Se asoma a la puerta.) Ya ha abierto.
LUC. Está completamente alelado.
RAM. Prueba de que me quiere.
LUC. ¿Sí?
RAM. Dicen que los hombres cuanto más enamorados están, más tontos se ponen.
LUC. ¡Entonces este te quiere atrozmente!
RAM. ¡Ah, señorita! Esta mañana ha venido un señor a visitar a usted. Dijo que volvería después de las cinco... ¿Dónde he puesto su tarjeta?
LUC. ¿Y te acuerdas a estas horas?
RAM. (Buscando la tarjeta.) ¡Válgame Dios: parece que estoy tonta!
LUC. ¿También tú? Te veo despachando en la tienda de comestibles.
RAM. Aquí está.
LUC. (Lee la tarjeta.) ¡Jesús! (Siente un ligero desvanecimiento.)
RAM. ¿Qué le pasa a usted, señorita?
LUC. Nada; no es nada: un mareo sin importancia...
RAM. ¿No quiere usted que le reciba?
LUC. ¡Al contrario, mujer! Cuando vuelva le pasas en seguida... ¡Leonardo en España!
RAM. ¿A la sala?
LUC. Aquí; es de confianza. Un amigo de mi juventud; figúrate... Hace cuarenta años que no nos vemos.
RAM. ¡Cuarenta años!
LUC. Tenía yo entonces veintitrés, y él veinticinco. No te extrañe que me haya impresionado un poco el ver su nombre.
RAM. A mí me pasa lo mismo cuando veo a alguno del pueblo... Y si fué algo más que amigo...

LUC. Acertaste; algo más fué: mi pretendiente. Y guapísimo por cierto. Parece que le estoy viendo: alto, los ojos muy grandes, el pelo muy negro... Habrá variado mucho, ¿verdad?

RAM. ¡Anda! Hágase usted cuenta de que va a ver al abuelo de ese señorito.

LUC. Claro: tendrá ahora sesenta y cinco años. No es ningún pollo.

RAM. No, señora; ¿qué ha de ser?

LUC. Arréglame un poco el pelo.

RAM. (Obedece.) ¿Tuvieron ustedes mucho tiempo relaciones?

LUC. Si no llegamos a tenerlas... Tres años estuvo mirándome con ojos de carnero moribundo, y sin decirme una palabra.

RAM. ¡Como Toribio!

LUC. ¿Qué Toribio?... ¡Ah, sí: ya no me acordaba!... Y me quería, no cabe duda; pero era tan tímido...

RAM. ¡Como Toribio!

LUC. Se marchó a América a hacer fortuna, y hasta ahora no he vuelto a saber de él.

RAM. ¡Cuarenta años sin verle!

LUC. En eso no se parece a Toribio, que se deja ver cada media hora... Sueles peinarme muy bien, pero hoy parece que has perdido los papeles.

RAM. ¿Quiere usted que la peine otra vez?

LUC. De ningún modo; no tardará en llegar el señorito Leonardo.

(Suena el timbre dentro.)

RAM. Ya está ahí.

LUC. Pues déjalo todo y vé a abrir. (Se va Ramona.) ¡Es Leonardo, mi Leonardo!... Pues ¿no estoy emocionada?... Parece que me han quitado un siglo de encima... Bien dicen que el corazón siempre es joven. (Escuchando en la puerta.) ¡El es!... Le reconozco en el modo de andar... ¡Pero esa chica lo lleva a la sala!... (Vuelve Ramona.) ¿No te he dicho que lo pases aqui, mujer?

RAM. Señorita, si es Toribio.

LUC. (Incomodada.) ¿Otra vez?... ¿Y lo has pasado a la sala?

RAM. ¿Cómo a la sala? A la cocina... Trae el aceite, pero se le han olvidao las judías.

LUC. ¿El aceite? Para estarse tres horas embotellándolo. ¡Ah, no! Dile que deje la zafra, que ya se le enviará. (Se va Ramona otra vez y vuelve en seguida.) ¡Jesús, qué Toribio de mis pecados! (Dirigiéndose al canario.) ¿Qué pías tú, Periquito?... ¿Que ès muy pesado? Más que el plomo, rico; más que el plomo. Y yo que le he confundido con Leonardo... ¡Qué tonta!, ¿verdad? Ya me parecía a mí que era un andar muy abrutado. (A Ramona.) ¿Se fué?

RAM. Sí, señora.

LUC. ¿Le has dicho que se le enviará la zafra?

RAM. Sí; pero me ha respondido que no se moleste usted; que vendrá él a recogerla cuando toquen a la novena.

LUC. Pues se lleva chasco, porque no voy. (Suena el timbre.) ¿Será Toribio otra vez? Pásalo aquí. (Breve mutis de Ramona.) Voy a cantarle la cartilla, porque esto ya es intolerable. No le quedarán ganas de volver. (A la puerta. Furiosa.) ¡Justo: es Toribio! ¡Ese andar abrutado es el suyo!... ¡Ahora verás! (Se dispone a recibirle.)

ESCENA IV

Sale LEONARDO. Es un viejo con el pelo y la barba completamente blancos. Su figura es arrogante aún, y noble y simpático su aspecto

LEON. ¡Lucila!

LUC. ¡Leonardo! (Se dan un fuerte apretón de manos y se contemplan embelesados.)

LEON. No pasan años por ti.

LUC. Tampoco tú estás mal.

LEON. Tienes la misma frescura que cuando te dejé, Lucila.

LUC. Mira, Leonardo: yo creo que la frescura es de los dos al pretender convencernos mutuamente de que somos unos pollos.

LEON. Te repito que parece que no ha pasado tiempo desde entonces.

LUC. Nada más que cuarenta *primaveras*, para confesarlo con cierta poesía.

LEON. Yo no me resigno a creerlo. Me encuentro fuerte.

LUC. ¡Ah, yo también!... ¿Y qué tal te ha ido esta temporadita que has estado fuera?

LEON. ¡Media vida!

LUC. Y sin saber de ti... ¡Ingratón, descastado, mala persona!

LEON. No creas que fué olvido. Siempre te tuve en la memoria. Pero, ¿a qué había de escribirte mientras no te pudiera decir lo que deseaba?

LUC. Yo te recé muchas avemarías creyéndote muerto. Vivo y sin escribirme, me parecía imposible.

LEON. Lucila...

LUC. Pero cuéntame, cuéntame tus correrías por América. Parece que no te ha ido mal.

LEON. Si hubiera de referirte todo lo que me ha ocurrido por esos mundos, te parecería una novela. Y, sin embargo, es la historia vulgar de todos los aventureros.

LUC. Muchos trabajos habrás pasado...

LEON. Algunos. Escabrosillo es el camino que conduce a la fortuna. ¡Qué pocos llegan! Cuántos hallan en él una muerte oscura y desastrosa...

LUC. ¿Por qué te fuiste?

LEON. Engañado fuí. Era joven, fuerte; creía que para ser feliz era preciso dinero, mucho dinero, y me propuse hallarlo a toda costa. Al fin lo hallé, pero ya ves a qué precio: gasté en ello toda mi vida.

LUC. No sabía que eras tan codicioso.

LEON. Codicioso de amor únicamente. Mi ambición era hacer feliz a una mujer. Por ella partí... por ella vuelvo.

LUC. ¡Hola, por una mujer!

LEON. Sí, Lucila. Yo estaba enamorado, muy enamorado de una muchacha preciosa. Mi posición era modestísima; mi timidez, en cambio, muy grande. No me atreví a ofrecerle lo poco que tenía, y fuí a buscar lo que yo estimaba necesario para ser feliz. Y ahora que lo tengo, ¿cómo he de pretender su amor con este cuerpo caduco y enfermizo?

LUC. No creo que esté en situación de hacer remilgos. Tampoco será ella ninguna niña de quince abriles.

LEON. En efecto... (Temeroso.) Lucila: tengo que ha-

certe una confesión... Me han dicho que sigues soltera.

LUC. Te han dicho la verdad.

LEON. Y, sin embargo, esta casa... el lujo con que vives... Tú no eras rica, Lucila.

LUC. Al poco tiempo de marcharte, tuve una herencia inesperada. ¿Te acuerdas de mi madrina?... Me dejó toda su hacienda, con gran sorpresa de sus sobrinos.

LEON. ¡Ah! ya!... Y, ¿por qué no te has casado? No habrá sido por falta de pretendientes...

LUC. No, por cierto.

LEON. Rica y hermosa, ¿a qué esperabas para casarte?

LUC. Esperaba... a un hombre que tenía que venir..., aunque no creía que iba a tardar tanto.

LEON. ¡Lucila!

LUC. ¿Y esa confesión que querías hacerme!

LEON. Va a parecerte un poco extemporánea.

LUC. Veo que vuelves tan tímido como te fuiste.

LEON. Es verdad: temo decírtelo.

LUC. No te apures: yo te ayudaré.

LEON. ¡Entonces es que sabes que te quiero!

LUC. ¡Hace cuarenta años que lo sé!

LEON. ¡Lucila mía! (La besa y la abraza apasionadamente.) Perdóname este arrebato. ¡Qué incorrecto debo parecerte!

LUC. A nuestra edad, ¿qué importa?

LEON. ¡Ah, Lucila; te amo, te adoro! (Se arrodilla ante ella.)

LUC. ¡Eso no! En tal postura y con el pelo blanco, resultas un poco ridículo.

LEON. ¡Es que estoy loco por ti!

LUC. Levántate.

LEON. Dime antes que me quieres.

LUC. ¡Por Dios, Leonardo!

LEON. Deseo oirlo de tu boquita.

LUC. ¡Sí, te quiero, te quiero! Pero hazme el favor de levantarte. (Leonardo se apoya en la mesa e intenta, inútilmente, ponerse en pie.) ¡Levántate, hombre, levántate!

LEON. ¡Si es que no puedo! Se me ha dormido esta pierna.

LUC. ¿Ves lo que trae el hacer locuras? Apóyate en mí. (Leonardo se afianza en Lucila, sin resultado. Esta le coge por debajo de los brazos para ayudarle a

levantarse. A pesar de todos los esfuerzos, no consigue su intento. En esta faena les sorprende Ramona)
¡Chico, cuánto pesas!

ESCENA V

LUCILA, LEONARDO y RAMONA

RAM. ¿Ha llamado la señorita?... ¿Qué ocurre?
LUC. Ayúdame.
RAM. ¿Se ha caído el señor? (Entre las dos logran levantar a Leonardo.) ¿Se ha hecho usted daño?
LEON. No, nada.
RAM. Pero, ¿cómo ha sido eso?
LEON. (Azorado.) Pues.. que la... que me...
LUC. Llévate esos paquetes. (Ramona obedece.)

ESCENA VI

LUCILA y LEONARDO

LUC. Hemos quedado en ridículo.
LEON. La situación no ha sido muy airosa, no.
LUC. ¿Qué pensará la criada?
LEON. ¿Para qué la llamaste?
LUC. ¡Hombre de Dios, si has sido tú!
LEON. ¿Yo?
LUC. Al apoyarte en la mesa has apretado el timbre.
LEON. Es verdad.
LUC. Confiesa que después de haberlo pensado tanto tiempo te has declarado bastante mal.
LEON. Es exacto; cerca de medio siglo para decirte que te quiero...
LUC. Pues mira que si yo me tomase otro medio para contestarte...
LEON. Podríamos tener de padrinos de boda a nuestros nietos.
LUC. Me parece que acabas de decir una tontería.
LEON. Basta de bromas; hablemos seriamente. Lucila: yo vengo dispuesto a casarme contigo.
LUC. ¿Y crees que eso se puede tomar en serio? No se van a reir poco de nosotros.

LEON. Deja que se rían... Quiero que la boda sea cuanto antes. Basta quince días para los preparativos.

LUC. Pero, chico, ¿qué prisa nos corre? Aún podemos esperar algún tiempo.

LEON. ¡Guasona!... Necesitas la partida de bautismo y otros documentos que ya te diré.

LUC. Ahí están: en el cajón de esa mesita.

LEON. (Asombrado.) ¿Cómo?

LUC. Los tenia preparados antes de irte a América. Las mujeres somos muy previsoras.

LEON. ¡Me has dejado de una pieza!

LUC. No te extrañe; como llevabas tres años a punto de declararte... Para no perder más tiempo.

LEON. Ahora veo lo estúpido que fuí!... Estamos a diez, el treinta nos casamos.

LUC. ¿El treinta? Espérate. (Consulta un calendario zaragozano.) No puede ser.

LEON. ¿Es martes?

LUC. No, pero el veintiocho cambia el tiempo. El treinta estaré en la cama con un ataque de reuma.

LEON. Pues nos casamos el veintisiete.

LUC. Acordaremos los detalles de sobremesa. Porque hoy cenas conmigo.

LEON. Eso sí que es imposible.

LUC. ¡Hola! ¿Tienes alguna cita amorosa?

LEON. Es que ya no puedo cenar. No tomo más que chocolate.

LUC. Yo tampoco. Le tomaremos juntos. (Toca el timbre.)

LEON. No vayas a creer que estoy hecho una cataplasma. Salvo ligeras indisposiciones...

LUC. Sí, como yo. Me encuentro muy bien. Quitando la jaqueca, un poco de asma y algo de reuma y de dispepsia... ¡Lo que no me duele nunca son las muelas!

LEON. Igual que a mí.

LUC. (Confidencialmente.) Porque las tengo postizas.

LEON. También yo. (Se ríen.) ¡Qué salada eres, Lucila de mi alma! (La abraza.)

ESCENA VII

LUCILA, LEONARDO y RAMONA

RAM. (¡Arrea!) (Al ver abrazados a Lucila y Leonardo desaparece rápidamente sin que ellos lo adviertan.)

LUC. ¡Por Dios, Leonardo, que he llamado a la muchacha!

(Ramona tose afectadamente, dentro. Después sale con precaución.)

LEON. (Aparte a Lucila.) Qué a tiempo me avisaste.

LUC. (A Ramona.) El señorito Leonardo tomará chocolate conmigo.

RAM. Está bien.

LEON. Voy a buscar unas golosinas americanas que he traído.

LUC. ¿No tardarás mucho?

LEON. Si vivo en el hotel de al lado...

LUC. Que te acompañe la chica y te traerá lo que quieras.

LEON. Muy bien. Tú siempre previsora. Dentro de cinco minutos estamos aquí.

LUC. (A Ramona.) Deja la puerta entornada. (Se van Leonardo y Ramona.)

ESCENA VIII

LUCILA; después TORIBIO

LUC. (Hablando con el canario.) ¡Hola, Periquito!... ¡Rico! ¡Precioso! (Asoma Toribio por la puerta la cara de asustado que acostumbra.) ¡Monín!... Tengo que decirte una cosa, Periquito mío. Ahora que nadie nos oye... Guárdame el secreto, ¿eh?... Fíjate bien: dentro de veinte días me caso. (Se ríe y bate palmas como una chiquilla.)

TOR. (¡Pobre señora; cómo chochea!)

LUC. No tengas celos, precioso. Seremos dos a mimarte.

(Pasa Toribio. Trae un paquete en las manos.)

TOR. ¿Se puede pasar?

LUC. ¿Quién anda por ahí?

TOR. Soy yo, señora.

LUC. ¡Ah, Toribio! ¡Cuánto tiempo sin verle!

TOR. Usted dispense. Vengo a traer las judías.

LUC. El bacalao lo traerá usted mañana. Conozco el procedimiento.

TOR. (Melancólicamente.) No, señora; lo traerá el chico.

LUC. ¿Cómo? ¿No va usted a venir mañana?

TOR. No, señora; no estaré ya en Madrid.

LUC. ¿Se marcha usted?

TOR. Sí. Es un proyecto que, desde hace tiempo bulle en mi cabeza; y al fin me he decidido. Verá usted... Pero estoy molestando a la señora...

LUC. No, no; cuéntemelo usted, que me interesa.

TOR. Yo estoy enamorado de una muchacha... Muy enamorado. ¡La quiero como un borrico! con perdón de usted.

LUC. Usted es el que tiene que perdonar. Y, ¿se puede saber quién es ella.

TOR. Es... la Ramona.

LUC. (Fingiendo asombro.) ¡Hombre! ¿Qué me cuenta usted?

TOR. No me otrevo a decirla que la quiero, porque soy un pobrete. ¡No me atrevo!

LUC. (¡Como Leonardo!)

TOR. Y hace diez minutos que he tomado mi resolución. Estoy decidido.

LUC. ¿A declararse? ¡Muy bien!

TOR. No, señora; a irme a América, para hacer fortuna sea como sea.

LUC. (¡Como Leonardo!)

TOR. Volveré dentro de cuatro años y me casaré con la Ramona.

LUC. ¿Cuatro? Ponga usted un cero.

TOR. Si me hiciera usted el favor de decirla que me espere...

LUC. Ahí viene; dígaselo usted mismo.

TOR. ¡No me atrevo!

LUC. ¡Ande usted, criatura!

ESCENA IX

TORIBIO y LUCILA. RAMONA y LEONARDO salen cargados de paquetes

LUC. Pero, hijo, ¿cuántas cosas traes?
RAM. Guayaba, piña en dulce, coco... ¿qué sé yo?
LUC. Déjalo todo ahí y atiende a Toribio... que tiene que hablarte.
RAM. ¿A mí?... ¿Qué quieres?
TOR. Yo deseaba... Es decir, si tú fueras gustosa... Porque has de saber... has de saber...
RAM. ¿Qué?
TOR. Que aquí tienes las judías. (Muy emocionado.) ¡El bacalao... lo traerá mañana el chico!
RAM. ¿El chico?
TOR. (Aparte a Lucila.) ¡Señora; no me atrevo! (Se va rápidamente.)
LUC. Tendré que decírselo yo...

ESCENA ULTIMA

LUCILA, RAMONA y LEONARDO

LUC. Ramona; tengo que darte dos noticias muy importantes: la primera es que me caso.
RAM. ¿Usted?
LUC. Sí, yo; con el señorito Leonardo.
RAM. ¡Al fin!
LUC. Tienes razón: ¡al fin!
RAM. Perdone usted...
LUC. Segunda noticia; Toribio me ha dicho que está enamorado de ti.
RAM. (Embobada.) ¿De veras?... ¿Y por qué no me lo dice a mí?
LUC. Porque no se atreve.
RAM. ¡Habráse visto!...
LUC. Mañana se va a América, y en cuanto sea rico, volverá para casarse contigo. (Ramona rompe a llorar sin consuelo.) ¿Qué te pasa?
RAM. ¡Se va a América!
LUC. Pero dice que le esperes, mujer.
RAM. ¡Pues tengo pa rato! (Sigue llorando.)

LEON. ¡Pobre hombre!

LUC. ¡Dí pobre mujer!

RAM. (Con decisión. Secándose las lágrimas.) ¡No, a mí no se me marcha! (Medio mutis.)

LUC. ¿A dónde vas?

RAM. ¡A decirle que le quiero!

LUC. ¿Tú a él?

RAM. ¡Que le quiero, que le quiero y que le quiero!

LUC. ¿Estás loca?

RAM. ¡Que le quiero pobre, pero que no le quiero viejo! (Se va precipitadamente.)

LUC. ¡Muchacha!... ¡Ramona! ..

LEON. Déjala que vaya.

LUC. ¡Declararse la mujer al hombre! ¡Eso no puede ser!

LEON. ¿Por qué no? ¡Fuera ranciedades! Quizá Ramona esté en lo cierto.

LUC. ¿Qué dices?

LEON. ¡Si tú hubieras hecho eso conmigo, hace cuarenta años que serías mi mujer!

LUC. ¡Es verdad, Leonardo! (Se abrazan tiernamente.)

FIN DE LA OBRA

DEL MISMO AUTOR

Especialista en divorcios, juguete cómico en un acto en prosa. (En colaboración con Santiago Vanrell) Teatro de la Comedia, 9 de Abril de 1905.

En cabeza ajena, pasatiempo en un acto, en prosa Teatro de la Comedia, 4 de Febrero de 1911.

Las intelectuales, sainete en prosa. Coliseo Imperial 11 de Abril de 1914.

El salero, entremés en prcsa. Coliseo Imperial, 30 de Abril de 1915.

Lección de celos, pasatiempo en un acto. Coliseo Imperial, 22 de Abril de 1916.

Precio: UNA peseta